

MANOS SIN CARA

José M. Boira

Aunque el sol entraba ya por la ventana, la habitación del 5º piso estaba triste.

Se abre la puerta y entra uno más de los de la bata blanca.

“¿Es usted el del cateterismo?”

Y a continuación me rasuró el poco pelo que me quedaba, el de mis partes íntimas, puesto que el del pecho había desaparecido con anterioridad para pegar las ventosas de los electrocardiogramas.

Luego apareció una enfermera con unas letras bordadas en el bolsillito que todas llevan sobre la teta izquierda, las cuales, y tras ver muchas, me refiero a las letras, no sé muy bien lo que quieren decir: A.E., Aux., A.T.S., Med., Mir...

Eso sí, a quien más se respetaba, me fijé, era el que más libretitas y más bolis llevaba en el bolsillito.

La enfermera que me guió hasta la Unidad de Hemodinámica, no llevaba ningún boli en el bolsillito, y por la cantidad de pasillos que recorrimos, puertas que atravesamos y las veces que dijo que “eso no era nada”, intuí que era como la boca del lobo el lugar a donde íbamos.

Después de atravesar la doble puerta batiente del lugar de mi destino, entendí que aquello era serio.

Se acabaron los murmullos y un silencio tranquilo tiritaba de frío bajo el split del aire acondicionado.

Yo me impregné del silencio reinante y también del frío, que me recordó el frío de los secaderos de jamones de Monroyo y Cantavieja.

Dos enfermeras con bata verde salieron de detrás de una pesada cortina. Eran el contrapunto del lugar, eran la rodaja de naranja del “confit de pato” o la ciruela dulzona que acompaña al lomo relleno.

Estaban sonrientes, radiantes.

La mirada limpia de una de ellas, con ojos negros debajo de las cejas del mismo color, contrastaba con el color de su pelo rojo caldera, era de las dos la más gordita; me cogió la mano izquierda, pues en la otra llevaba yo la vía con un gotero, y me llamó por mi nombre de pila.

Entre ella y la otra enfermera, más joven, morena, de pelo corto o recogido en coleta, no recuerdo bien, que se acercó también con una mirada serena de las que inspiran confianza, con una mirada sincera pero no tan espontánea, me explicaron o lo intentaron al menos, aquello que iban a hacerme.

Desnudo, sobre una tabla larga de unos 40 cm. de ancha que parecía sustentarse en el aire por arte de magia, me acosté no sin su ayuda.

Crucé las manos sobre mi barriga y con un trapo verde con una apertura, dejaron al descubierto la ingle derecha y parte de mis partes.

Ya habían 4 enfermeras y un médico.

“No te dolerá, sólo notarás como un calor intenso que te inundará, no te asustes, es normal”

Y de pronto...el vacío, y sueños y pensamientos divertidamente locos y un baile de ideas inconexas sin sentido que no sé si llevaban a alguna parte o no, y un negarme a despertar y un despertar desesperado, no sabiendo dónde estoy, ni qué pasa, ni quién es esta gente, y unos ojos como platos intentando ver y entender, y unas voces “¿estás bien?, ¿estás bien? No pasa nada, tranquilo, no pasa nada...”

Mi enfermera pelirroja me cogía la mano izquierda, que ya contaba con otra vía y otro gotero, y me la acariciaba, pero mi mano derecha estaba entre las suaves y finas manos de mi joven enfermera, la morenita. Acariciándome la frente estaba el que reconocí de inmediato y que cuando entré no estaba, mi médico de Cardio.

Y palabras dulces salían de la boca de aquellos ángeles verdes, y mis manos se aferraban a las suyas como a la vida.

Por lo visto, mientras tanto, el médico del cateterismo había hecho bien su trabajo:

CORONARIOGRAFÍA

Coronaria izquierda descendente anterior: oclusión trombótica en segmento medio. Flujo TIMI : 0

Entre mis dos enfermeras y la enfermera del transporte, me hicieron resbalar desde la tabla mágica a mi cama con ruedas.

Mis ojos les dieron las gracias repetidamente a mis dos enfermeras, y como leyéndome el pensamiento, pues mi boca estaba seca, me dieron un beso cada una, y con las manos cogidas por cada una, salimos a la salita de afuera.

Y aquellas manos, tiernas manos, ya tienen cara, cara de ÁNGEL.

Gracias a todas esas manos, manos sin cara, manos sin nombre, manos siempre cálidas, que nos transmiten el calor que en muchos sitios falta, que nos hace sentir vivos, que nos hace sentir humanos.

¡¡¡ GRACIAS !!!

Jose M. Boira

(uno más de la bata azul con el culo al aire)